

durante los momentos que podía pasar á su lado, le hablaba de las circunstancias y de los héroes de estos combates trágicos, que no habían sido al principio más que combates de palabras y que tendían más y más á transformarse en una guerra á puñaladas en la que los adversarios no retrocederían ante la emboscada y la violencia brutal. La joven deploraba verle en aquella pelea sangrienta y hasta concibió la esperanza de arrancarle de ella. Una noche le suplicó que partiesen juntos á ocultarse en cualquier parte hasta el día en que pudiesen reaparecer en París sin peligro. Pero Roberto protestó. Huir de la batalla sería deshonorarse y entregar la plaza al enemigo.

Empleó Dalassene tal energía en estas palabras, que la joven no se atrevió á repetir su tentativa; y resuelta á compartir la suerte con Roberto, cualquiera que fuese, se abandonó al torrente que los arrastraba á los dos.

XI

Como pintor oficial de la República, Belliere tenía su estudio en los sobrados del Louvre, y debía este favor, que le había concedido la Convención, menos á su talento que á su renombre y á la violencia de sus opiniones. Aquellos de quienes se había hecho sicario y cómplice no podían rehusarle nada.

Belliere, pues, se había instalado lo mejor que había podido en aquella vasta sala iluminada por grandes ventanas abiertas en el techo. A la izquierda de la entrada abríase una puerta que daba entrada al gabinete en que se desnudaban y se vestían los modelos. Colgaban de las paredes restos de tapices, croquis, bocetos, escudos romanos, espadas y cascos. En caballetes repartidos por todos lados, exhibíanse copias y bocetos de algunos de los cuadros que habían hecho la reputación del pintor, y, en fin, diversos retratos en ejecución, que él

guardaba aún, bien que acabados, para hacer algún retoque. Trajes antiguos, túnicas y peplums destinados á los modelos, coturnos y cintas que debían adornar sus cabelleras, rodaban por todas partes en pintoresco desorden y daban al estudio una fisonomía que no dejaba dudas sobre la profesión de su dueño.

En aquella época empezaba á trabajar Belliere en uno de sus cuadros más famosos, *Telémaco en casa de Calipso*, y aunque esta obra no debía ver la luz hasta unos años después, ya el pintor se ocupaba de ella. Después de haber destruído dos ó tres bocetos de los que no estaba satisfecho, había emprendido uno nuevo, para el cual, como hemos visto, había rogado á Lucía que le sirviese de modelo. Hemos visto también que la joven se había comprometido á complacerle, y en este momento estaba cumpliendo su promesa. Vestida con una túnica griega y medio inclinada á unos pasos del artista, en la actitud que éste ha dado en su cuadro á la ninfa que quiere impedir á su joven amante escuchar los consejos del prudente Mentor, Lucía parecía fijada en aquella incómoda postura. El óvalo armonioso de su cara, bajo la pesada masa de sus cabellos, había revestido una expresión suplicante que el pintor se aplicaba á copiar. Belliere trabajaba en silencio y, á ejemplo suyo, la modelo también estaba callada.

En el otro extremo del estudio estaba Clara dibu-

jando al lápiz un busto romano, bajo la dirección de Esteban Jerold, que hablaba con ella en voz baja yendo y viniendo á su alrededor.

— Hemos acabado, dijo de repente Belliere alejándose del cuadro para apreciar mejor su conjunto. Dispense usted, bella ciudadana, que la haya condenado tanto tiempo á ese suplicio. Pero, como le he dicho, me han avisado que unos cuantos colegas de la Convención van á venir hoy á ver este boceto, y quería terminarle antes de que llegasen.

Lucía se levantó y dijo recogíendose el cabello suelto sobre los hombros para arreglárselo encima de la cabeza :

— No se excuse usted, ciudadano; hubiera hecho otros para tener el honor de figurar en su lienzo.

Púsose á su lado para mirar también, y murmuró con acento convencido :

— Una obra maestra.

El pintor sonrió, visiblemente halagado por el elogio y no menos visiblemente convencido de que le merecía.

— Creo que va á salir bien, dijo, pero es á usted, ciudadana, á quien se lo deberé.

— Se lo deberá usted á su genio, respondió Lucía, que transfigura todo lo que toca.

Y al mismo tiempo llamó á su hermana y á Esteban.

— Clara, Esteban, vengan ustedes á ver qué hermoso es este cuadro.

Turbados en su conversación, los dos jóvenes acudieron y se quedaron extasiados.

— Por mucho que yo trabaje y me aplique, suspiró Clara, no llegaré nunca á ese grado de perfección.

— No se le pide á usted tanto, dijo Esteban sonriendo.

Belliere intervino en tono familiar, amable, casi paternal.

— ¿Hace progresos tu discípula? preguntó á Esteban.

— Los hace sorprendentes.

Clara protestó.

— No lo crea usted, ciudadano; lo dice para adularme.

— ¿Pero no podríamos juzgarlo? preguntó Lucía.

— No, ahora no, más adelante, exclamó su hermana.

— Tiene razón, dijo Esteban acudiendo á su socorro. Más adelante juzgarán ustedes. Vamos á trabajar, ciudadana Clara.

La joven le siguió alegre y animada.

— Es deliciosa su hermana de usted, dijo entonces Belliere volviéndose hacia su cuadro y poniéndose á obscurecer ó á avivar los colores de una pincelada. ¿Quiere usted concederme aún unos momentos, querida ciudadana? añadió el pintor.

— Con mucho gusto.

— Es solamente para el cabello.

Belliere puso en él la mano, lo arregló á su gusto y empezó á pintar.

— Me hablaba usted de mi hermana, dijo Lucía. ¿Verdad que es una niña encantadora?

— Cuanto más se la ve, más se la quiere. No soy yo solo quien lo dice.

— ¿Quién lo dice además?

— Todos los que la conocen. Esteban, por ejemplo.

La mirada de Lucía se iluminó con una sonrisa benévola.

— ¡Oh! Esteban está enamorado.

— ¿Lo ha echado usted de ver?

— ¿Podía no verlo cuando desde hace cuatro meses, desde que le conocemos, no se han desmentido sus atenciones y su solicitud? ¿No le debemos el no haber sufrido demasiado en la soledad en que Dalassene se ve con frecuencia obligado á dejarnos? Diríase que ese joven trata de reemplazarle á nuestro lado y á colmar el vacío causado por sus ausencias. Va á vernos todos los días; queremos salir, y se ofrece á acompañarnos; nos quedamos en casa, y nos trae noticias, de modo que sabemos por él muchas cosas que no me dice Roberto por no asustarme. Por el ciudadano Jerold supe, cuando la última ausencia de Dalassene, lo que se tramaba contra él en la Junta de Salvación pública, y pude advertirle, apresurar su regreso y ponerle en condiciones de burlar las intrigas de sus enemigos. Si apareció de improviso en la tribuna y pudo oponer á

sus denuncias protestas indignadas, que fueron victoriosas, á Esteban se lo debemos, y á usted, ciudadano, añadió Lucía, puesto que por usted fué informado Esteban.

— Es verdad, respondió Belliere. Las circunstancias me han hecho tener entre mis amistades á la mayor parte de los enemigos de Dalassene. No hubiera podido sin comprometerme descubrir directamente sus proyectos, que yo conocía gracias á la confianza que me conceden; pero sabía que advertir á Jerold era como advertirle á él mismo.

— No se engañaba usted; Esteban cumplió su cometido con tanta habilidad como abnegación. No podía yo creer que fuese por amor á mí, puestó que me voy á casar con Roberto; era, pues, lógico deducir de su conducta que estaba inspirada por su amor á Clara.

— Es la verdad; me ha hecho confidencias, está ardientemente enamorado y no aspira más que á obtener el consentimiento de usted. Cree estar seguro del de Clara. ¿No le ha dicho á usted ella nada?

— Nada decisivo. Pero estoy segura de que está dispuesta á decirle sí.

— ¿Y usted dirá lo mismo?

— Haré lo que ella quiera, confesó Lucía. Con su nombre y su fortuna, encontraría fácilmente un marido entre la nobleza emigrada. Pero no quiere dejar la Francia, por estar yo en ella, y, además, la conozco, no se casará sino según su corazón, cual-

quiera que sea el nacimiento del hombre que haya escogido. Si ama á Esteban jamás tendrá otro esposo, y tengo yo demasiada prisa por saber que tiene un protector para oponerme á su matrimonio. ¿Qué sería de ella si yo le faltase?

Belliere fijó los ojos en la joven y ésta pudo leer en ellos la sorpresa.

— ¿Por qué ha de faltarle usted? preguntó.

— He dicho á Roberto que quiero mi parte en los peligros á que está expuesto, respondió resueltamente Lucía.

— Los vencerá, esté usted segura.

— Lo dice usted sin convicción, ciudadano; sabe usted muy bien lo que cuesta el incurrir en el odio de Robespierre, para negar la existencia de esos peligros. En cuanto á mí, me sentiré más fuerte para ayudar á Roberto á conjurarlos cuando, habiendo entregado á Clara á un hombre honrado, deje de alarmarme su porvenir.

— Entonces, prosiguió Belliere dejando los pinceles y la paleta, voy á decir á usted la verdad. Esteban me ha rogado que solicite su consentimiento de usted para su matrimonio con esta amada Clara. Diga usted una palabra, haga una seña, y le pedirá su mano.

Lucía se levantó.

— Sea, entonces, en seguida, dijo. Estoy dispuesta á decir la palabra y á hacer la seña. ¿Por qué retardar la felicidad de estos muchachos?

— No hay ninguna razón para retardarla, declaró Belliere.

Sin añadir nada, el pintor se fué al fondo del estudio donde, á la luz que caía del techo, seguía Clara trabajando al lado de Esteban. Lucía siguió á Belliere y ambos llegaron así detrás del grupo formado por la joven y su amigo. Pero los enamorados, absortos acaso menos por la tarea á que se entregaban que por la conversación que parecía interesarlos más aún, no adivinaron que no estaban ya solos.

Lucía y Belliere se quedaron un momento contemplándolos, como si no hubiesen querido turbar una conferencia cuyo asunto era fácil de adivinar. ¿De qué pueden hablar dos seres jóvenes y bellos, cuando se aman, sino de su amor y de los proyectos de un porvenir embellecido por su unión? De su amor hablaban Clara y Esteban, y así fué visible cuando habiéndose vuelto al llamarlos Lucía, mostraron una cara en la que se revelaba el ardor de las frases que estaban cambiando cuando los sorprendieron.

¿Es verdad que quieres casarte, querida Clara? dijo Lucía con bondad á su hermana. ¿Es cierto que has elegido un esposo y que le has autorizado á pedirme tu mano?

— ¿Eso te sorprende? respondió Clara, que no interpretaba mal este lenguaje y adivinaba una indulgencia fraternal y un consentimiento bajo la gravedad intencionada de Lucía.

— No me sorprende, pero pensaba que, antes de comprometerte, me harías confidencias que me preparasen á la petición que acaba de hacerme el ciudadano Belliere en nombre del ciudadano Jerold.

— Te he hecho todas las confidencias que podía hacerte, exclamó Clara. No te he dejado ignorar las disposiciones de mi corazón. Todo lo que me correspondía decirte, te lo he dicho. Por lo demás, tocaba hablar á Esteban.

— Lo reconozco y no me enfado, aunque me cause algún asombro lo imprevisto de la petición. Solamente, antes de responder, tenía necesidad de cerciorarme de que tú la habías autorizado.

Esteban se levantó, á ejemplo de Clara, y mientras la joven, por toda respuesta, se estrechaba contra su hermana, Jerold declaró que no se hubiera permitido solicitar su mano sin obtener previamente su permiso.

— Puesto que estáis de acuerdo, no tengo más que consentir, dijo Lucía. Es un tesoro muy precioso el que le confío á usted, Esteban.

— Conozco su precio, ciudadana, y tengo el orgullo de creer que su hermana de usted no deplorará nunca el haber tenido confianza en mí.

— Tómela usted, pues, y sean ustedes felices, queridos niños.

Con su ademán afectuoso, Lucía empujó á Clara á los brazos de Esteban y los prometidos se besaron ante su vista, uniendo así sus destinos.

Belliere seguía esta escena con tierna mirada, y al verle enjugarse con el revés de la mano una lágrima que le arrancaba la emoción, nadie hubiera dicho que aquel hombre, al que impresionaba tan vivamente la linda novela de amor que iba á coronar el matrimonio, rugía tan á menudo con los tigres y aplaudía su crueldad.

— ¿Cuándo es la boda? dijo de repente.

— Tengo que consultar ante todo á Roberto, respondió Lucía.

— Puesto que también vais á casaros, sería encantador que nos casásemos en el mismo día, insinuó Clara.

— Sería encantador, en efecto. Ya hablaremos de ello.

Lucía se interrumpió al ver que entraba precipitadamente un hombre, pálido, las facciones alteradas y la alarma pintada en la cara. Todos le conocieron; era Formanoir, el secretario de Dalassene. Formanoir venía á buscarle á casa de Belliere, con la esperanza de encontrarle allí, no habiéndole hallado en la Convención. Sus frases breves y nerviosas denotaban una emoción que él se esforzaba en vano por ocultar.

— Me ha prometido venir á buscarme aquí, dijo Lucía, y seguramente vendrá. Espérole usted.

Formanoir hizo un gesto de desesperación, y después, respondiendo á las preguntas apremiantes que su actitud provocaba, el joven se explicó. Desde por

la mañana andaban rondando la casa de Dalassene, en la que él también habitaba, unos agentes de la Junta de Salvación pública. Había sabido por el portero que era á él á quien buscaban y que eran portadores de una orden de prisión. Advertido á tiempo, había podido burlar su vigilancia y buscaba á Dalassene para ponerse bajo su protección.

Mientras hablaba, Belliere no le quitaba ojo y le miraba con desconfianza.

— ¿No tienes nada de qué acusarte? le preguntó duramente el pintor. ¿Está tranquila tu conciencia? ¿No has infringido las leyes de la República?

— No he cesado jamás de respetarlas ni de observarlas, respondió Formanoir. Soy buen patriota, y lo que lo prueba es que estoy en posesión de la confianza del ciudadano Dalassene.

— Tranquilízate entonces. No tienes nada que temer. La justicia revolucionaria es una para todos y no es implacable más que para los conspiradores, los traidores y los cómplices del extranjero.

Esto fué dicho pomposamente, con una voz y unos ademanes que denotaban el tribuno.

Pero ese lenguaje no tranquilizó á Formanoir, y Lucía, á su vez, hizo notar que aquello debía de ser un golpe preparado contra Dalassene por los enemigos que tenía en la Junta de Salvación pública.

En este momento llamaron á la puerta y Belliere corrió hacia ella, pero antes de que llegase, la puerta se abrió y dió paso á dos hombres.

— Los agentes de la Junta, suspiró Formanoir al oído de Lucía echándose hacia atrás para esconderse.

— ¿Qué me queréis? los preguntó Belliere.

— Dispensa que nos presentemos así en tu casa, ciudadano representante, respondió uno de los dos hombres; pero ya sabes que las órdenes de la Junta de Salvación pública no sufren tardanza.

Belliere cambió de color. Su actitud, altanera hacia un instante, hizose obsequiosa. Una sonrisa forzada atestiguó el miedo que le causaba aquella visita inesperada, así como la cobardía que de repente iba á ponerle complaciente y servil ante los agentes del poder terrible que ejercía entonces en toda la Francia la Junta de Salvación pública.

— No os será difícil, ciudadanos, respondió, ejecutar aquí las órdenes de que estáis encargados. Decidme en qué consisten.

— En apoderarnos de la persona del ciudadano Formanoir y conducirlo á la sección de la calle de Lepelletier para ser interrogado. Se le ha visto entrar aquí.

Sin dar tiempo á Belliere para designarle, Formanoir se adelantó:

— ¿De qué se me acusa?

El agente respondió:

— La orden dice: acusado de emigración.

— Pero eso es una locura, exclamó el inculpado. ¡Emigrado yo! Hace dos años, era comisario de los

viveres en el ejército del Rhin, donde soy conocido por mi civismo y donde tuve la suerte de ganar la confianza del ciudadano Dalassene. Cuando después me encontré en Saboya, estando cumpliendo allí una misión, me hizo su secretario, y no le he dejado desde entonces. ¿Cómo, pues, hubiera podido emigrar? No he salido jamás del territorio de la República sino en seguimiento de los ejércitos, y así lo probaré.

La afirmación era enérgica y Belliere quedó convencido de su veracidad.

— El error es manifiesto, dijo, pero tienes que ir á la sección puesto que eres llamado. Hasta debes tener prisa por justificarte. Va sin temor; tus servicios declararán por ti.

Formanoir no parecía tan convencido como Belliere, pero tenía que poner contra mala fortuna buena cara, y disimulando su ansiedad bajo un gesto de bravata, se puso á las órdenes de los agentes y salió con ellos.

Aquella escena había impresionado vivamente á Lucía. Estaba impaciente por advertir á Dalassene de la prisión de su secretario, y puesto que no venía, iba á esforzarse por encontrarle. Pero tenía, ante todo, que quitarse el traje que se había puesto para servir de modelo á Belliere. Para hacerlo así pasó al gabinete reservado á los modelos y su hermana la siguió.

Esteban Jerold se quedó solo con su maestro, y

ebrio de alegría pensando en su próximo casamiento, olvidó el incidente de que acababa de ser testigo. Pero no sucedió lo mismo á Belliere, y el joven lo vió bien cuando abandonándose delante de él á las esperanzas que le sugería su felicidad, le oyó poner en duda su realización, tratar de apartarle de los proyectos que hasta entonces había animado, y aconsejarle ser prudente y reflexionar bien antes de decidir, como si esos proyectos no acabasen de hacerse definitivos por el consentimiento de Clara.

Esteban manifestó su asombro por aquel cambio, y, entonces, estalló en el lenguaje de Belliere aquel miedo y aquella cobardía que fueron con tanta frecuencia el móvil de sus acciones y de sus palabras en su vida de hombre público.

— Si te casas con esa muchacha, dijo, te convertirás en pariente de Dalassene, puesto que él va á casarse con la ex condesa de Entremont. ¿Es este el momento de emparentar con él, cuando está tan comprometido y tan amenazado y cuando las persecuciones de que es objeto su secretario prueban hasta la evidencia que los dueños de la República han resuelto su pérdida? Si debe perecer, es de temer que perezcan con él todos los que le son adictos. Ten cuidado, Esteban, no te dejes cegar por tu corazón hasta no ver los peligros á que te expones.

El joven no volvía de su asombro, y si lograba contener su indignación era recordando los benefi-

cios que debía á Belliere. Pero no vaciló en decirle que ningún acontecimiento le haría cambiar sus resoluciones. Su amor por Clara no podía menos de aumentar en fuerza ante los peligros que amenazaban á los seres que ella amaba como ante los que pudiera correr ella misma.

— No la abandonaré suceda lo que quiera, afirmó. Será mi mujer; está jurado. No desespero, por otra parte, de ver al ciudadano Dalassene triunfar de sus enemigos. Tiene en su favor su elocuencia y su valor y no le faltan amigos en la Convención.

— Tiene contra él á Robespierre y á Saint-Just, objetó Belliere, y ha incurrido en un odio de mujer, no menos temible que el de sus enemigos y rivales.

— Pero usted mismo, ciudadano, ¿no le defendería si estuviese en peligro?

El pintor se quedó callado, y Esteban, que no se equivocaba sobre lo que quería decir aquel silencio, bajó la cabeza, no atreviéndose á hacer ver al ilustre artista cuyo talento admiraba y al que se honraba teniendo por maestro, que estaba avergonzado por él al verle dominado hasta ese punto por el temor de seguir á Dalassene á la guillotina si se mostraba abiertamente su amigo.

El favor de que gozaba Belliere con los poderosos del día le proporcionaba numerosos amigos, reclutados en el mundo dudoso que la Revolución había hecho surgir de entre las piedras de la calle y en el que las nuevas costumbres se manifestaban por el olvido de toda disciplina moral, por la grosería de los apetitos y por la rudeza de las frases, que no recordaban en nada las de la antigua sociedad francesa.

Eran, para decir verdad, un hatajo de tunantes, pescadores en agua revuelta, ávidos de goces y dispuestos á enriquecerse á toda costa. Vivían en los pasillos de la Convención y, gracias á la complicidad de diputados necesitados cuya influencia compraban, se enriquecían á costa de la República.

Los directores de la cuadrilla, especuladores manifiestos, tenían casi todos un pasado vergonzoso; así Pereyra, vendedor de cigarros de la Habana,

comercio lucrativo gracias á reprobadas combinaciones financieras; el austriaco Proly, que era en realidad un espía; el abate d'Espagnac, proveedor de los ejércitos, que prestaba con gran interés dinero al Estado cuando las cajas públicas estaban vacías; los dos Frey, cuñados del convencional Chabot, antiguo capuchino; y otros además, extranjeros en su mayor parte, cuyo origen se ignoraba y que eran hábiles para explotar la miseria de aquellos tiempos calamitosos.

Unas cuantas mujeres más ó menos vénales, lindas y fáciles, eran las diosas de aquel antro de perdición, y, entre las más reputadas, brillaba en primer término la que se designaba con el nombre de Susana Villars, puesta en evidencia por sus relaciones con Dalassene y que no le perdonaba el haberla abandonado por el amor de Lucía.

Estos diversos personajes se encontraban con frecuencia en casa de Belliere, del que eran familiares. Aquel día los había invitado á ir á su estudio para hacer honor á Robespierre y á Saint-Just y otros miembros de la Convención que debían ir á ver su nuevo cuadro.

A eso de las tres, y antes de que Lucía hubiese salido del gabinete en que estaba cambiando su traje de ninfa por el de calle, empezaron á llegar los invitados. Todos, al llegar, iban á admirar la obra del maestro, y éste, complacientemente, les explicaba la escena y los actores, recordándoles el anti-

guo episodio en que se había inspirado. Se le escuchaba con recogimiento, se le colmaba de elogios y los grupos formados delante de su cuadro se dispersaban para ceder el puesto á los recién llegados y se diseminaban por el vasto estudio para emprender conversaciones en voz baja.

Algunos miembros de la Convención, que habían llegado temprano, eran objeto de bajas adulaciones, que ellos recibían muy serios como acostumbrados á oirlas á todas horas.

Algunas veces, al presentarse un nuevo visitante, las caras se transformaban y las actitudes se hacían humildes; era que se trataba de un hombre de dinero, acaso de un espía, y tenían que solicitar de él algún servicio.

Entonces se celebraban conferencias en los rincones de modo que nadie las oyese. Billaud-Varenes estaba hablando misteriosamente con un agente extranjero y entregándole sin duda alguna decisión secreta de la Junta de Salvación pública, de la que formaba parte, y que el personaje tenía interés en conocer. Probablemente también, en cambio de esta prueba de confianza, el agente prometía un buen regalo contante y sonante. Es posible suponerlo, puesto que, en esta época, se sospechaba que Billaud-Varenes hacía traición.

Algo análogo debía de pasar entre un joven de aspecto presuntuoso que se veía un poco más allá, y el abate d'Espagnac, cincuentón de cara rechoncha

y llena. El joven era el convencional Fabre-d'Églantine, que iba á ser muy pronto convencido de haber cobrado por votar la ley que suprimía la Compañía de Indias.

Pero el objeto de estas conversaciones criminales se disimulaba bajo el alegre tumulto y la turbulenta agitación que imprimían á la recepción las mujeres presentes.

Su charla versaba sobre asuntos sin gravedad, chismes, intriguillas, revelación espontánea de alguna aventura todavía ignorada y cuyo héroe era alguno de los hombres del día.

Una de ellas contaba que la benevolencia de un miembro del municipio de París le había permitido comprar en subasta, por un pedazo de pan, las alhajas, los encajes y los vestidos de una ex marquesa que acababa de ser enviada á la guillotina y cuyos bienes habían sido confiscados en provecho de la Nación.

Otra expresaba con señales de susto y monadas burlonas la emoción que había sentido el día antes, en el tribunal revolucionario, oyendo condenar á una joven y á un viejo, padre é hija.

— He ido á verles meter la cabeza en el agujero, y me he alterado mucho, querida.

Unas cuantas exclamaciones, risas y gritos de horror la respondieron.

De repente, la atención del grupo en medio del cual estaba perorando se apartó de ella para fijarse

en una joven que entraba y á cuyo encuentro salía Belliere saludándola con la mano.

— La Villars, se murmuró en todos los grupos.

— Viene á ver si está aquí Dalassene, dijo alguien irónicamente.

— Es dudoso, respondió otra voz. Ha vociferado mucho contra él para desear encontrársele.

Desdeñando la curiosidad que despertaba su presencia, la antigua amante de Dalassene se puso al lado de Belliere.

— Venus volando en los brazos de Marte no era más bella, dijo el pintor.

Belliere la tomó familiarmente la mano y mientras le daba la bienvenida, la condujo ante su cuadro, que ella miró al principio en silencio.

— Es una obra digna de tus manos y que te valdrá nueva gloria, querido Belliere, dijo por fin.

— Todo el mundo me lo afirma, respondió el pintor, pero yo tengo en cuenta la benevolencia de todos.

— Los que te felicitan son sinceros, créelo, y en lo que me concierne, no puedes dudar de mi sinceridad.

Al formular este elogio, la Villars se inclinó para ver más de cerca el cuadro, y designando con el dedo á Calipso añadió:

— Aquí tienes una cara adorable. ¿La ha creado tu imaginación?

— Es la de un modelo que he tenido la fortuna de encontrar.

Y dijo más bajo :

— Tu rival. Más vale que los sepas por mí que por otros, y por eso te lo digo.

Por la mirada de la Villars atravesó un relámpago de cólera y odio, pero dominándose murmuró :

— A pesar de su belleza, no merecía que Dalassene la prefiriese á mí.

— Tienes que conformarte, hermosa. Dalassene la adora, es amado tanto como él ama y lo mejor que puedes hacer es olvidar y perdonar.

La Villars se irguió.

— No perdonaré jamás, afirmó.

Y al ver que él sonreía incrédulo, la joven añadió :

— ¡Jamás!

Con voz temblorosa de furor, empezó á recriminar y á explicar por qué consideraba como un crimen el abandono en que Dalassene la había dejado.

Pero Belliere ya no la escuchaba. Al volverse, acababa de ver en el umbral de la puerta á Robespierre y á Saint-Just, y se precipitó á su encuentro con demostraciones y gestos que revelaban á la vez el temor de desagradarlos por demasiada familiaridad, el deseo de parecer su igual y la satisfacción que le causaba su visita.

Robespierre iba vestido con la afectada elegancia que le distinguía de la mayor parte de sus colegas de la Convención; cabello empolvado y reunido en la nuca en una coleta encerrada en una cinta negra; casaca verde manzana adornada de botones de

metal y abierta sobre un chaleco de seda verde y rayas de color de rosa; calzón del mismo color de la casaca, ajustado sobre la rodilla, y medias grises que dibujaban unas pantorrillas delgadas pero bien hechas.

Una casaca de paño azul oscuro, de faldones cortos y casi sin cuello, de las llamadas carmanolas en aquel tiempo, daba á la fisonomía de Saint-Just un aspecto más severo que el de su colega, pero esta diferencia de traje dejaba de percibirse cuando se les miraba á la cara. La expresión de ambos era igualmente de desaffo y de desconfianza; veíase en ella una amenaza permanente, como si el uno y el otro hubieran estado animados en el mismo grado del deseo de que todo temblase á su alrededor.

Cuando entraron, prodújose el silencio como por encanto y se prolongó todo el tiempo que estuvieron delante del cuadro. Cuando se volvieron, después de haber felicitado á Belliere, algunas personas se atrevieron á acercarse, los saludaron con obsequiosidad y los más atrevidos se aventuraron á dirigirles la palabra.

Los dos acogieron estas insinuaciones con sonrisa glacial y, exceptuando Billaud-Varenes, con el que afectaron la misma amabilidad que con Belliere, los miembros de la Convención que allí se encontraban no fueron mejor tratados que si no hubieran sido también ellos representantes del pueblo.

Sin embargo, después de haber rendido estos homenajes al terrible poder que se encarnaba en sus personas, todos se retiraron, formáronse de nuevo los grupos y se oyó de nuevo en el estudio el murmullo de las voces más ó menos contenidas.

Bellieré, al que se había acercado Esteban Jerold, se encontró de nuevo á solas con sus dos terribles visitantes, y estaba hablando con ellos de cosas insignificantes cuando sorprendió la mirada de Esteban fija en él, leyó en ella una súplica y la comprendió. Esteban le suplicaba que abogase con Robespierre y Saint-Just por el desgraciado Formanoir detenido allí pocos momentos antes y cuya captura no podía ser más que un error, á no ser, y había que asegurarse, un golpe vengativo dirigido contra Dalassene.

No era Belliere hombre de audaces empresas cuando podían hacerle correr un peligro. Pero en aquellas circunstancias, el cariño que le inspiraba su discípulo y acaso también la antigua amistad que le unía con Dalassene, le infundieron una valentía que no manifestaba ordinariamente más que para sostener á los vencedores.

El pintor contó el incidente que acababa de ocurrir y del que era víctima Formanoir; se extrañó de esta prisión, se atrevió á decir que el error cometido debía ser reparado y acabó insinuando que el secretario de Dalassene no podía ser sospechoso.

Robespierre estúvose callado, pero Saint-Just respondió :

— ¿Por qué ese Formanoir no ha de ser sospechoso, puesto que lo empieza á ser Dalassene su principal? Si Dalassene ha conspirado, como hay quien le acusa, ¿no se puede creer que su secretario ha sido su cómplice?

— Es muy improbable que Dalassene conspire, dijo Belliere con un acento que revelaba el temor que empezaba á inspirarle su audacia.

— El misterio de que se rodeó el año pasado al ir á Turín, no se ha puesto en claro, exclamó Saint-Just, y autoriza todas las suposiciones, sobre todo cuando se recuerda que Dalassene es noble.

Esto fué dicho en un tono tan agrio y tan duro, que á Belliere le abandonó todo su valor. Intimidado, deplorando sus palabras y ya mirando á otra parte, no se atrevió á replicar.

Pero Esteban no se dió por vencido.

— Le Pelletier-Saint-Fargeau era noble también, dijo, y sin embargo ha merecido el Panteón.

Robespierre y Saint-Just se volvieron, con una pregunta en los ojos, mirando con altivo desdén al intruso que se permitía contradecirlos.

— El ciudadano Esteban Jerold, mi más querido discípulo, se apresuró á explicar Belliere.

— El hombre de que hablas, respondió Saint-Just gravemente, está, en efecto, en el Panteón, joven. Pero ha pagado con la vida el honor de dormir allí el sueño eterno. Si viviera, sería sospechoso. Todos los nobles lo son. Dalassene ha revelado su baja

amenazándonos con tomar el partido de Danton. Todos los que sostienen á Danton perecerán con él; todos, hasta Camilo Desmoulins. ¿No ha escrito ese aborto que yo llevo la cabeza como un santo sacramento? ¡Yo le haré llevar la suya como san Dionisio!

Saint-Just volvió la espalda dejando á Esteban aterrado. Belliere estaba arrepentido de haber intentado defender al secretario de Dalassene, y su arrepentimiento se transformó en espanto cuando Robespierre se acercó á él y le dijo estas palabras al oído:

— He creído en ti hasta ahora, Belliere. Fuiste amigo de Marat, te has sentado siempre en la cima de la montaña y jamás he dudado de tu civismo. No me pongas en el caso de dudar defendiendo á los traidores y teme más bien compartir su suerte.

Belliere levantó la cabeza para no dejar que sus invitados sorprendiesen la emoción que despertaba en él esta advertencia. Hasta se esforzó por sonreír, como si las palabras de su interlocutor hubiesen sido amables y halagüeñas. Habíase alejado ya Robespierre, y el pintor seguía sonriendo como quien se estima dichoso de lo que acaba de oír. Pero en realidad el miedo helaba su alma mientras seguía con la vista al hombre cuyas amenazas le hacían temblar.

Robespierre se reunió con Saint-Just y ambos se mezclaron con los grupos de invitados, algunos de

los cuales iban á ellos, mientras otros, contenidos por el respeto, solicitaban con la vista una mirada de los dos tribunos. Billaud-Varennes se encontró en su camino y se detuvieron un instante á hablar con él. Cuando le dejaban, se les puso delante una mujer. Era la Villars, que no había perdido ninguna de sus idas y venidas y esperaba la ocasión de hablarles.

La Villars se dirigió á Robespierre.

— Me he tomado la libertad, ciudadano representante, de dirigirte una carta. ¿La has recibido?

— ¿Quién eres, ciudadana?

— Susana Villars.

— ¡Ah! ¿Eres tú la que me ha escrito acerca de Dalassene?... ¿Es tu amante?

— Lo fué, pero hacía traición y le dejé.

Saint-Just había oído y aguzaba la oreja. Después dijo mezclándose en la conversación:

— ¿Tienes pruebas de su traición?

— Pruebas positivas, no, respondió la Villars, pero sí hechos fáciles de comprobar y que las harán descubrir.

— ¿Qué hechos?

— Las intrigas en que estuvo metido durante su permanencia en Saboya; su viaje misterioso á Turín, de donde se ha traído una ex condesa, una emigrada.

Iba á continuar, pero Robespierre la detuvo con un ademán, viendo que á dos pasos estaba escu-

chando Esteban Jerold. El tribuno dijo más bajo :

— Irás esta noche á la Junta de Salvación pública, que recibirá tu declaración.

Y dirigiéndose á Saint-Just, añadió :

— Allí deliberaremos.

— La Junta de Seguridad general se quejará, objetó Saint-Just. Esa Junta está encargada de la policía de la República y dirá de nuevo que invalidamos sus atribuciones.

— Prevendremos esa queja invitándola á deliberar con nosotros, dijo Robespierre. Convócala para esta noche.

No hubo más, y entre las personas que siguieron de lejos aquel coloquio misterioso, Esteban fué el único que comprendió que amenazaba á Dalassene un peligro nuevo é inminente.

Era urgente advertírselo ó por lo menos á Lucía. La joven no había salido aún del gabinete en que la había visto entrar, y Esteban se dirigió hacia aquel lado para esperarla. De pronto la vió en la puerta, con su hermana, muy sorprendidas al ver tanta gente y dudando si avanzar.

Esteban fué hacia ellas sin notar que la entrada de aquellas dos mujeres elegantes y lindas hacía sensación y todos los ojos se dirigían á la puerta del gabinete.

Robespierre, á cuyo lado estaba Belliere, le preguntó designándoselas :

— ¿Quiénes son esas ciudadanas? .

— La una me ha servido de modelo para mi cuadro; la otra es su hermana menor.

— La pequeña es encantadora, pero la mayor es más hermosa. ¿Casada?

La Villars respondió á esta pregunta.

— Divorciada.

La Villars no se había encontrado nunca con Lucía, pero aquella deliciosa cara recordaba de un modo tan completo la de la mujer que figuraba en el cuadro de Belliere, que adivinó que aquella era su rival. La Villars la envolvió en una mirada amenazadora, y, segura de no comprometerse, dijo á Robespierre :

— Es la emigrada que Dalassene trajo de Turín y con la que vive. Se va á casar con ella.

— No es una emigrada, rectificó tímidamente Belliere.

— Fué sin embargo en el Piamonte donde la encontró Dalassene, replicó la Villars.

Saint-Just intervino en el debate :

— Es inútil discutir aquí; la cuestión será puesta en claro esta noche. ¿Vienes, Robespierre?

Ambos se dirigieron á la puerta, conducidos por Belliere y seguidos por la mayor parte de los invitados, que también se retiraban, mientras la Villars, que tenía menos prisa por marcharse, se dejaba llevar á un rincón por Billaud-Varenes y, para reponerse de la emoción que acababa de sufrir, escuchaba las galantes frases de aquel antiguo fraile convertido en uno de los apoyos del partido jacobino.

En aquel momento Lucía estaba preguntando á Esteban quién era aquella mujer á la que nunca había visto, que no conocía y que estaba hablando hacia un momento con Robespierre y fijando en ella miradas cargadas de amenazas.

— Debe usted temerlo todo de ella, respondió Esteban.

— ¿Pero es la que quiere quitarme el corazón de Roberto?

— La misma, por desgracia.

— Ha estado hablando con Robespierre designándome. ¿Me ha acusado? ¿De qué?

Clara se unió con su hermana para apremiar á Esteban á preguntas.

— Usted estaba allí y les ha oído. ¿Qué se decían?

— Les denunciaba á ustedes como emigradas y acusaba á Dalassene de traición.

— ¡Ha jurado, entonces, nuestra pérdida! exclamó Lucía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, como los de Clara, y Esteban no pensó más que en tranquilizarlas.

— Haya jurado ó no, dijo, nosotros estorbaremos sus proyectos. ¿No es verdad, maestro, que venceremos á los enemigos de Dalassene? añadió dirigiéndose á Belliere que volvía después de despedir á sus invitados.

— El mejor medio de vencerlos, respondió el pintor, es sustraerse á sus persecuciones.

Y bajando la voz, añadió :

— Un buen consejo, encantadora Lucía. Si tiene usted alguna influencia sobre su amigo, decidale á salir de París sin tardanza; esta noche mejor que mañana. No me pregunte usted más; que se vaya y usted con él.

— Sí, comprendo, gimió Lucía, los tigres se preparan á devorarle.

Belliere respondió con un gesto de protesta. Temiendo haber sido oído, paseó á su alrededor una mirada de terror.

— Yo no he dicho eso; no sé nada; no he dicho nada.

Sus temores se disiparon. Nadie había podido oírle; el estudio estaba casi vacío y los últimos invitados acababan de desaparecer. No quedaban más que la Villars y Billaud-Varenes diciéndole piropos. Estaban sentados en un rincón y medio escondidos entre los tapices, él muy rojo y muy excitado, como un seductor de oficio que está echando mano de todos sus recursos con la mujer que ambiciona; ella al mismo tiempo coqueta y desdenosa, y ambos tan absortos en su conversación que parecían indiferentes á lo que se decía y á lo que pasaba á su alrededor.